

DIA CUARTO.

EL GERANIO,

Ó SEA:

LA VIDA CRISTIANA.

*Ducam eam in solitudinem, et loquar
ad cor ejus.*

La llevaré á la soledad, y la hablaré al
corazon.

(OSEAS II, 14.)

Festejos, bullicios y placeres; hé ahí, mis queridos hermanos, el objetivo de los modernos cristianos en esta tierra. Figurar en el mundo, participar de sus goces, y pasar en el ocio los breves dias de esta vida; tal parece ser el único destino que les señaló el Altísimo. Espíritu de Religion y de Fé; ¿dónde has establecido, pues, en nuestros dias, tu morada? ¡Oh! qué horrores de un siglo prevaricado! Y ¿cuántos somos hoy los que dirigimos nuestra mirada al Nazareno retirado en el desierto? ¿Cuántos los que encaminamos nuestros pensamientos al Redentor, que está sudando en el huerto? ¿Cuántos los que nos detenemos en contemplar el Crucificado, que está pendiente y agonizando sobre el Gólgota? ¡Hombres profanos del siglo, idólatras de vosotros mismos! vosotros, que estais enseñando á voz en cuello, que, al fin y al cabo, el Señor no ha acumulado una infinidad de deleites para que puedan agostarse sin ser apercebidos, sino para que el hombre disfrute de ellos á su albedrío; vosotros, que estais repitiendo, que la soledad no está destinada por el Todopoderoso para morada de los hombres, sino para refugio de los animales y de las fieras; vosotros, que engañais vuestra cobardía y somnolencia con paliados pretextos de poca salud, débiles fuerzas y deteriorada naturaleza; ¿en qué página del sacrosanto Evangelio habeis aprendido tan descabellada doctrina? ¿Debe ser esa, acaso, la vida del cristiano sobre la tierra?

Pues bien; confrontémosla con el modelo que esta noche nos ofrece el místico jardin Mariano. Cesad, mis queridos hermanos, de echar una mirada incierta sobre el conjunto de ese sitio deliciosísimo, y puesto que siempre os sentís inclinados á satisfacer en todas las cosas vuestros apetitos, ávidos de dar la preferencia á aquellas que os acarrearán consuelo y deleite, no os desdeñeis, por un momento, de fijar los ojos, sencillamente, sobre una flor, y que, por cierto, no es de las más brillantes y pomposas. Un Geranio es, amados hermanos, la flor, sobre la cual vengo á llamar vuestra atencion, y sobre aquel Geranio, que el hombre llama triste. Sus hojas son esféricas, pequeñas y purpurinas sus flores, matizadas lijaramente de blanco acá y acullá. Su tallo no es muy alto; sus ramas son siempre desiguales; y de dia, apenas tiene aroma.

Pues bien; ¿pudiérais, acaso, despreciar esa humilde florecilla? ¿Osaríais hollarla con vuestra planta, ó, cuando ménos, dejarla en el abandono? En buen hora; abandonadla; mas yo os suplico, si es que os digneis escucharme, que le dirijais, á lo ménos, una mirada. ¡Oh! qué bellezas tan maravillosas ostenta! Aquella flor, que apenas exhala perfume alguno á la viva luz del dia, al quedar cubierta por las tinieblas de la noche, derrama una fragancia tan deliciosa, que llega á eclipsar, á superar la de las florecillas mismas que la rodean. Y ¡cosa admirable! amados hermanos; á medida que las tinieblas de la noche van avanzando, más sorprendentes bellezas van apareciendo en esa flor misteriosa. Hé aquí, pues, que despues de aquel suave perfume, la planta entera se reviste de brillantísimas perlas, semejantes á un rocío celestial; pero que, en realidad, no son otra cosa que gotas de licor interno transpirado por los poros, por una fuerza de la misma planta, contenida, durante el dia, por los vivos rayos de la luz.

El misterio, hermanos míos, se manifiesta por sí mismo. María, que nos habla en esa flor, nos ofrece con ella un ejemplo de lo que debe ser la vida cristiana sobre esta tierra; vida, que solo se manifiesta por la suave fragancia de las cristianas virtudes en las tinieblas y en el silencio de la noche, cuando, estando todo callado, el mundo parece una soledad universal; vida, que en esa soledad misma se baña de rocío celestial, de misterioso licor, simbolo de lágrimas, de gemidos y sollozos; vida, finalmente, que se reasume toda entera en un esfuerzo generoso, expresado en esos prolongados sudores, con los cuales el hombre baña su frente para seguir el sendero de la cruz, y llegar al monte de la perfeccion y de la gloria. En suma, y para decirlo todo de una vez, María, simbolizada en

el misterioso Geranio, nos manifiesta con su ejemplo, que nuestra vida debe ser una vida de soledad, de llanto y de trabajo.

El asunto, amados hermanos, bien que contrario á nuestras naturales propensiones, no puede ser más adecuado á las necesidades de los cristianos de nuestros dias. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

La vida del cristiano debe ser una vida de soledad. Os ruego, amados hermanos, que al oír estas palabras, no retrocedais ni os desaniméis. No me propongo de ningun modo llamaros á la soledad de los claustros; no os obligo á retiraros en espantosos montes, en desiertos bosques, ni en solitarias selvas; no: vanas fueran mis exortaciones si á tanto quisiera obligaros. A otra soledad muy distinta yo, ahora, ó mejor dicho, por mi conducto, os llama la Religion; ella os llama á aquella soledad, que vosotros habeis acaso despreciado hasta el presente, por no haber tenido conocimiento de ella; á aquella soledad, que aún cuando puede llegar á faltar en los claustros más rígidos, bien puede tener cabida en medio del siglo, entre las ocupaciones de una posicion holgada y opulenta; y aún bajo los artesonados techos, en los lujosos salones y los mullidos cojines; aquella soledad, por último, que sabe encontrar el misterioso Geranio en medio de los más florecientes jardines.

Amados hermanos; en medio del siglo existe otro siglo, y en medio del mundo, otro mundo; aquel mundo, por el cual el divino Redentor dijo, que no rogaba á su Padre; aquel mundo, para el cual decia estar crucificado el grande Apóstol de las naciones; aquel mundo, que incapacita á sus secuaces para escuchar la voz de Jesús; aquel mundo, en una palabra, que levanta una escuela contra la Cátedra de la Cruz, enseña máximas, propala doctrinas é introduce costumbres enteramente opuestas á las máximas, la doctrina y las costumbres del Evangelio. Un mundo impío, que llama licito el hurto, necesaria la incontinencia, y honrado el fraude; que apellida esforzados á los impacientes, grandes á los orgullosos, y prudentes á los opresores; aquel mundo, que enseña á atizar la venganza, á ensalzar la vanidad, y á hacer una necesidad de la calumnia; aquel mundo, que da rienda suelta á la fogosidad de la juventud, que halaga las pasiones de la edad viril, y aplaude la ociosidad de la senectud, y en todos, la irreligion, los delitos y la impiedad.

Ese es el mundo, cuya huida se os intima, amados hermanos; ese es el mundo del cual se quiere que vivais separados y alejados; y ya que así no os sea dado hacerlo, respecto del cuerpo, toda vez que os hallais continuamente en medio de él, se quiere, al ménos, que os ale-

jeis de él con el espíritu, viviendo en una perfecta soledad de corazón; soledad, que os infunda el odio de aquellas máximas, el desprecio de aquella doctrina, y la abominacion de aquellas costumbres; soledad, que purifique vuestro corazón de los afectos que inspira ese insensato mundo, de los deseos que excita en vuestra alma, y de los pensamientos que infunde en vuestro entendimiento; soledad, que, á la par que os haga gozar de los bienes terrenales, os indique hasta donde es compatible conciliar dicho goce con la honestidad; soledad, que, si bien os permita seguir las modas mundanales, os señale hasta qué límites éstas pueden asociarse con la cultura y la Religion; soledad, que no os impida participar de las expansiones y diversiones terrenales, mas hasta el punto en que á ello no se opongan la buena educacion y la virtud; soledad, por último, que os mantenga alejados de cuanto pueda ofender á Dios en las acciones, los deseos y los pensamientos.

Y una tal soledad, cristianos oyentes, ¿pudierais, acaso, despreciarla? ¿No os sintierais con valor suficiente para abrazarla? Pues seguid, enhorabuena, vuestras inclinaciones, acomodaos con las mundanas enseñanzas, y vivid entre el bullicio de una vida disipada; pero tened entendido, que, á semejanza del Geranio que vive en la luz del dia, no despedireis el suave perfume de vuestras virtudes, no oireis aquella voz tan suave para vuestro corazón, la única que puede enseñaros el sendero de la salvacion; la única capaz de amaestraros en el modo de huir de las ocasiones; la única que puede alentaros en tiempo de tribulacion, sosteneros en los asaltos de vuestros enemigos, y levantaros, si por fragilidad hubiereis caído. Así nos lo asegura el Señor: *non in commotione Dominus* (III. REG. XIX, 11); mas solo en la soledad deja oír su voz: *ducam in solitudinem; et loquar ad cor ejus* (OSEAS, II, 14).

Continuad, pues, vuestra vida en medio de las conveniencias y riquezas; buscad aún con afán, si así os parece, las expansiones, las diversiones y los regocijos; satisfaced, si os gusta, vuestros antojos, vuestra vanidad; empero, no olvideis en tiempo alguno la divina amenaza, la cual os asegura, que de vuestro regocijo á los eternos tormentos no hay más que un solo punto: *ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt* (JOB, XXI, 13). Decid, si así os place, en el fondo de vuestro corazón, que no es tan malo, como se pretende, el seguir aquella moda, satisfacer aquellos apetitos, gozar de aquellas expansiones y participar de aquellos gustos; el oprimir á tal ó cual émulo, vengar tal ó cual injuria, alimentar aquellos afectos, seguir aquellos impulsos, y hacer muchas otras cosas semejantes; mas

tened entendido, que entónces debeis renunciar á la devocion de María, á la calidad de hijos suyos, á su amor. ¿Y cómo pudiera Ella reconocer entónces por suyos, aquella Virgen Santísima, que os ofrece ejemplos muy diferentes de virtud, que os inculca máximas enteramente contrarias, y os enseña una doctrina diametralmente opuesta?

Aplicaos á contemplarla, mis queridos hermanos, y la vereis semejante al delicioso Geranio, siempre fragante y siempre delicioso, porque siempre vive entre las sombras de la soledad y del silencio. Cual místico Geranio, podreis saludarla en la soledad del Templo, donde se halla á solas con Dios, extraña enteramente á la tierra y ya ciudadana del cielo. Cual místico Geranio se aparecerá ante vuestros ojos en su celdilla de Nazareth, donde, bien que en medio del mundo, nada tiene de comun con el mundo; alejada siempre de sus pompas, enteramente extraña á sus murmuraciones y despreciadora de sus bienes; donde no conoce otra cosa que el cielo, sólo sostiene coloquios con el Angel, y no adora más que á su Dios. Cual místico Geranio la vereis despues de la Ascension de su Hijo, cuando permanece de continuo, no en las fiestas y en las veladas, no en las tertulias y los banquetes, no en las diversiones y en los esparcimientos, sino en el interior del Cenáculo, ó entre los Apóstoles, como maestra, ó bien entregada á la oracion al pié del altar. En todas partes, en suma, la hallareis humilde, modesta, recogida, afable, fervorosa y devota; siempre suave por la fragancia de sus virtudes, siempre místico Geranio oculto entre las sombras y la profunda oscuridad de la noche.

Y sabiendo todo eso; ¿cómo es posible creer, que seamos hijos suyos y sus devotos, despues de una vida empleada en las diversiones, en la relajacion y el pecado? ¡Ah! mis amados cristianos; en tanto que amemos los locos devaneos del mundo; en tanto que, ávidos de figurar en el mundo, corramos en pos de comparsas, distracciones, pasatiempos y diversiones, seremos geranios; pero geranios ordinarios, faltos siempre de fragancia y de suavidad. Si queremos ser, cual fué, nuestra Madre santísima, místico Geranio nocturno, amemos el recogimiento de nuestro corazon; y aquí, en ese recogimiento, exhalaremos el suave olor de nuestras virtudes; aquí, en ese retiro, brotará de nuestros ojos en abundancia, como brota de los poros del Geranio, el precioso licor, las gotas del rocío celestial, los suspiros, los gemidos y las lágrimas.

Tal es, amados hermanos, la vida del cristiano en la soledad; así lo indicamos cada dia cuando, al dirigir nuestra mirada á la Santísima Virgen, exclamamos, que nuestro valle es un valle de lágrimas; cuando al recordar nuestro destierro, la invocamos con lágrimas en

los ojos y con los suspiros del corazon. Si es, pues, que entónces no mentimos, es preciso confesar, que nuestra vida es, en verdad, una vida de llanto. Y, en realidad, desterrados como estamos de nuestra querida pátria celestial, donde solo se halla toda nuestra felicidad, rodeados en esta morada de destierro de tantos males y tantas miserias, siendo blanco del ódio y de la malignidad de innumerables enemigos, sujetos siempre á los dolores, á las enfermedades y la muerte, ¿cómo ha de ser posible, que pasemos nuestra vida sin lágrimas ni gemidos?

Y aún cuando nos sonriera la suerte, mis queridos hermanos; aún cuando ignoráramos las miserias, las enfermedades, los dolores y los infortunios, el solo pensamiento desgarrador de haber ofendido una vez á nuestro Dios, ¿no fuera acaso suficiente, para hacer de nuestra vida una vida de llanto, de tristeza y de amarguras? ¡Dios de bondad! ¿cómo, estando ciertos de haber ofendido á la Majestad del Altísimo, de haber conculcado sus preceptos, despreciado su amistad y abandonado sus senderos, é inciertos de nuestra suerte futura, dudosos acerca de su recuperada amistad, pudiéramos dejar de llorar, gemir y afligirnos? ¡Ah! ese fuera ya por sí solo el más poderoso motivo para nuestro llanto y para nuestra desventura. No basta tampoco para el caso, el haber purificado ya vuestras almas en el tribunal de la penitencia, haber alcanzado la sacramental absolucion de las culpas, y haber oido pronunciar sobre vuestras frentes palabras de paz, de perdon y de gracia. Todo eso ¿qué importa? Vosotros os hallais todavía en la inseguridad del alcanzado perdon; no soy yo quien os lo dice; Jesucristo mismo os lo revela: *Nescit homo utrum amore in odio dignus sit.* (ECCLES. IX, 6.) Aún suponiendo que, á semejanza del Real Salmista, hubierais oido de la boca del profeta, que Dios os habia, en realidad, purificado de toda culpa; ¿fuera acaso eso suficiente para dejar de llorar, como él, vuestra ingratitud y vuestra maldad, en haber osado ofender á un Dios tan bueno y tan piadoso? Y el mismo perdon debido á su misericordia, ¿no os movería, por ventura, á llenar de profundos gemidos vuestro lecho, y á mezclar vuestro pan con lágrimas? ¡Ah! qué desdicha la nuestra, por no haber aprendido todavía lo que significa ofender á Dios! De ahí dimana que no lloremos nuestro infortunio.

Bien lo aprendió, amados cristianos, nuestra Madre Maria; y por eso, su vida entera, siendo precisamente una vida de oculto Geranio pasada en la oscuridad de la noche, fué una vida de llantos, de amargura y de gemidos. Nuestra Madre Santísima lloró, pero no, ciertamente, sus propias culpas, toda vez que inmaculada salió de las

manos de Dios, é inmaculada permaneció en todo el decurso de su mortal carrera; pero lloró por nuestras culpas, por las culpas de un mundo desagradecido é ingrato. ¡Y cuán amargamente no lloró por ello! Por tal causa lloró en su celdilla de Nazareth, cuando abogando por nuestro bien, exclamaba al Señor: perdona, sí, perdona á tus ingratos hijos: ven, descendiendo sobre la tierra, establece en ella tu trono, manifiesta de un modo bien patente tu soberana clemencia. Y esas lágrimas, mis queridos hermanos, fueron tan amargas, tan copiosas y tan amorosas, que merecieron que el Redentor divino apresurara su venida á la tierra. Por ello lloró en la gruta de Belen, cuando vió al Rey de la gloria entre dos humildes animales, y le contempló niño despreciado de los hombres, ya nacido para los padecimientos, ya blanco de las más horribles contradicciones. Por ello lloró en Egipto, cuando se vió obligada á llevar su Hijo á extrañas regiones, para librarle del acero impío, salvarle de la barbarie de su pueblo, y conservar su preciosa vida. Por ello lloró, finalmente, sobre el Gólgota, cuando vió á su Amado, exhalando jadeante su espíritu por los pecados de un pueblo deicida, por las culpas de un mundo prevaricador. Y tantas lágrimas derramadas por la Virgen, y por culpas ajenas, ¿no debieran movernos á nosotros á llorar por nuestros pecados? ¡Oh! sí, lágrimas son lo que ahora se requiere, mis amados hermanos; lágrimas que, como las del misterioso Geranio, sean efecto de un forzado trasudor, de una continua mortificación, y de una no interrumpida fatiga.

Habiendo sido llamados, por la gracia de Dios, á la posesion de la eterna felicidad de los bienaventurados, continuamente oímos repetir, que esa felicidad no es otra cosa que el fruto y el premio de innumerables sufrimientos, dolorosos trabajos y prolongados afanes. Continuamente, tambien, se nos está enseñando, cuan angosta es la puerta que conduce á tal felicidad, y que son menester grandes esfuerzos para penetrar en ella. Y aún se nos declara, terminantemente, que el reino de los cielos sufre violencia, y que, por lo tanto, solo los esforzados pueden arrebatarlo: *Regnum coelorum vim patitur et violente rapiunt illud* (MATTH. XI, 12). Y á fin de que nuestro ánimo no decaiga, se nos ofrece el ejemplo de Jesucristo, que tuvo que soportar toda aquella inmensidad de dolores para entrar en la gloria, en aquella gloria que era propia y natural de Él, que le pertenecía por derecho hereditario, y de la cual Él solo debía ser el árbitro, el dispensador y el soberano.

Y sabiendo todo eso, ¿podríamos aún decir, que nuestra vida no sea una vida de tribulaciones, de esfuerzos y de trabajos? ¿Podríamos,

acaso, llevar nuestra presuncion hasta el punto de persuadirnos, de que aquella angosta puerta será ensanchada para nosotros, que se nos hará más suave su sendero, más fácil su acceso? ¡Ah! léjos de nuestro ánimo tal presuncion, mis amados hermanos; es preciso sufrir, es necesario hacerse violencia, es menester reprimir nuestras pasiones. La cruz debe ser nuestro cotidiano sustento, nuestros pasos deben siempre ir enderezados hácia el escabroso monte del Gólgota; la abnegacion de nosotros mismos debe ser nuestro objeto de cada día, nuestro diario triunfo. El reprimir tal ó cual pasion predominante, tal ó cual deseo de venganza, tal ó cual espíritu de emulacion, tal ó cual arrebató de impaciencia, tal ó cual efecto poco santo; tal ó cual diversion poco lícita, tal ó cual conversacion poco honesta, tal ó cual lectura poco devota; tal ó cual vanidad, tal ó cual ambicion, tal ó cual soberbia; y al mismo tiempo, subir el escarpado monte de la virtud, y de la humildad, de la resignacion, de la paciencia, de la pureza, de la devocion y de la inocencia; hé ahí el único medio para entrar por la angosta puerta de la eterna bienaventuranza; hé ahí el sendero que ha abierto delante de nosotros María, y que Ella nos enseña.

¡Oh! Ella, sí, que llevó una vida tal cual yo os la he descrito ya, en la humildad, en la tribulacion y en los sufrimientos. Desde su propia morada á la cueva de Belen, desde la cueva de Belen al Calvario, y desde el Calvario á la muerte, no hallareis un solo instante de su vida, que no fuera empleado en el penoso ejercicio de las más arduas virtudes. Contempladla allí donde querais, en el Pesebre, en el Templo, en su huida á Egipto, en su vida doméstica y en el monte de la mirra, y atreveos, si teneis valor para ello, á desmentir mis palabras. En el Pesebre, el amor llena su alma de amargura; en el Templo, la obediencia tortura su corazon; en la huida á Egipto, sus padecimientos son imponderables; en la vida doméstica, cuando no viene á afligirla algun otro pensamiento, abate su ánimo el conocimiento de los sufrimientos que debía sufrir un día su Hijo; y sobre el monte de la mirra, ¿pudierais, acaso, calcular los afanes, las angustias y el martirio de su generoso corazon?

¿Y de qué pueden servirte, ¡oh Madre! tantas amarguras y tantas fatigas? ¿Qué temor invade tu mente? Tú, que constituida reina de la gloria; Tú, que, en cierto modo, has vuelto á abrirnos las puertas de los cielos; Tú, que eres Madre, Hija y Esposa del mismo Dios; ¿pudieras sentir, por ventura, el temor de no alcanzar aquel premio, no adquirir aquella corona y no poseer aquel reino?

¡Oh! no, de ningun modo. Locura fuera imaginar tal cosa, mis

queridos hermanos; María, al obrar así, quiere adquirir merecimientos para nosotros. Pues bien; sacudamos nuestra indiferencia ante esos designios tan amorosos de nuestra Madre Santísima; sigamos sus pasos por medio de una vida retirada, mortificada y activa; seamos Geranios en el jardín de la Iglesia; pero Geranios olorosos, que recrean en la oscuridad de la noche; que son bañados con la más copiosa sudor; que procuran, á todo trance, dejar satisfechos los deseos del infatigable agricultor. Prometámoslo así á Dios; jurémoslo así á María. Desprendamos nuestro corazón de todos los afectos mundanales, justifiquemos nuestra mente de todos los pensamientos inútiles, apartemos nuestro cuerpo de todos los placeres ilícitos; en cuanto de nosotros dependa, sea nuestra vida, una vida retirada y oculta, alejada del bullicio del siglo, de tantas y tantas inútiles diversiones, de tantas y tantas perniciosas tertulias, y de tantas peligrosas conversaciones como el siglo nos ofrece. Detestemos nuestras pasadas flaquezas, llorando nuestra obcecación, no con las lágrimas exteriores del rostro, que de poco aprovechan, sino con las interiores del corazón, que nos preservan de la culpa, y de cuanto á ella pueda conducirnos. Trabajemos con afán para la adquisición de las cristianas virtudes, sin perder jamás de vista el ejemplo de María; entonces, sí, que semejantes al más delicioso de los Geranios, tendremos la inefable suerte de ser un día trasplantados en la tierra de promisión, en el Paraíso.

Empero, vuestra debe ser la gloria de ello, ¡oh místico Geranio! oh Madre nuestra amorosísima! Nosotros somos, y bien Vos lo veis, débiles, inconstantes, y miserables. ¡Desdichados! ¿qué podemos, pues, careciendo de vuestro auxilio, de vuestra protección y vuestro amparo? ¡Oh Madre! *Monstra te esse Matrem*, muestra que eres nuestra Madre, haciendo que nuestro corazón se desprenda de todo lo del mundo, purificándolo de los afectos terrenales, inclinándolo hácia el amor del cielo, y hácia el exclusivo deseo de los consuelos divinos: *Monstra te esse Matrem*, alcanzándonos de Dios amarguísimas lágrimas para llorar nuestras culpas, y detestar la vida, con la cual le hemos hasta ahora desconocido y ofendido; finalmente, *Monstra te esse Matrem*, sosteniéndonos, á fin de no tener que sucumbir en el penoso ejercicio de las cristianas virtudes, procurando que tengamos bien presente, que solo ellas pueden hacernos dichosos en la eternidad. Esa es la gracia que os pedimos, ¡oh Virgen Santísima! y la pedimos á vuestro maternal corazón: seguros estamos, pues, de alcanzarla.

DIA QUINTO.

LA VIUDITA,

Ó SEA:

LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHIL. IV, 5.)

Hoy ofrezco, mis amados hermanos, á vuestra meditación, una flor humilde en su aspecto, tosca en sus hojas, y grave en su color. Descollando muy poco sobre el suelo, dicha flor distínguese por sus hojas levemente dentadas; por sus formas, semejantes á una deliciosa margarita; por su violado oscurísimo, que la matiza acá y acullá, vagamente mezclado de groseros y blanquizcos estambres. Sus formas, su tamaño, su color, y aún su nombre mismo, hermanos míos, todo os habla, todo os anuncia aquella sublime virtud que está destinada á simbolizar. La Viudita, ó la flor de la viuda, hé aquí el bello nombre que la distingue, la tierna denominación que la hace grata á nuestros ojos, no ménos que á los deseos de nuestro corazón. Cual flor de la viuda la designa su colorido; cual flor de la viuda, la humildad de sus tallos; cual flor de la viuda, por último, la grata tosquedad de sus ocultas hojas. ¡Oh deliciosa Viudilla! ó por mejor decir: ¡oh Virgen Santísima, que te places en ofrecerte á nuestras miradas bajo el símbolo de esa humilde flor! ¿Qué quieres enseñarnos en esta noche? ¿qué virtud quieres excitar en nuestros miserables corazones?

¡Ah! mis queridos hermanos; ¿cuál es el distintivo de la viuda? ¿qué es lo que la hace digna de alabanzas, de admiración, de encomios? La modestia. ¡Oh virtud sublime! oh prenda sin par de un corazón cristiano! Y la necesidad de esta virtud, hermanos míos, es, pre-